



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 19 al 25 de enero de 2020. (DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO)

"Llamados a ser testigos de Cristo Salvador"

1.- La Palabra de Dios

1ª Lectura: Is 49,3.5-6: "Te hago luz de las naciones para que seas mi salvación"

Salmo: 39,2.4ab.7-8a.8b-9.10: "Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad"

2ª Lectura: 1Cor 1,1-3: "Gracias y paz les dé Dios nuestro Padre, y Jesucristo, nuestro Señor"

Evangelio: Jn 1,29-34

Monición: La liturgia del domingo nos mostraba nuevamente a Jesús como Siervo (no el animal, ciervo con "c", sino con "s", es decir, el sirviente) y también como Cordero (ahora sí el animal, que era utilizado por los judíos para el sacrificio expiatorio). Esa misión, que le compete a nuestro Señor, será compartida también por sus apóstoles.

Al "siervo de Dios", presentado por Isaías (Is 49,3-6) se le dice que su misión no estará restringida al territorio de Israel, sino que será constituido en "*luz de las naciones*", para que la salvación de Dios llegue "*hasta los rincones de la Tierra*".

En el salmo (Sal 39) se interpreta o representa la aceptación del siervo "*Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*".

En la breve segunda lectura, que es el inicio de la primera carta de San Pablo a los cristianos de Corinto (1Cor 1,1-3) resaltan dos conceptos fundamentales: 1) El llamado a la conversión, al servicio y al apostolado (a él, a su colaborador y a sus destinatarios o interlocutores) proviene de Dios por medio de Jesucristo. 2) El mensaje es Universal: "*...son su pueblo santo, así como aquellos que en cualquier lugar invocan el nombre de Cristo Jesús...*"

En el Evangelio, San Juan nos narra, aunque desde otra perspectiva, el mismo pasaje que habíamos visto la semana pasada por la pluma de Mateo (3,13-17). Escuchemos atentamente y veremos las diferencias. Nos ponemos de pie.

Del Santo Evangelio Según San Juan (Jn 1,29-34)

+++ Gloria a Ti, Señor

Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía a su encuentro, y exclamó: "Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

De él yo hablaba al decir: 'Detrás de mí viene un hombre que ya está delante de mí, porque era antes que yo'. Yo no lo conocía, pero mi bautismo con agua y mi venida misma eran para él, para que se diera a conocer a Israel."

Y Juan dio este testimonio: "He visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y quedarse sobre él.

Yo no lo conocía, pero Aquel que me envió a bautizar con agua, me dijo también: 'Verás al Espíritu bajar sobre aquel que ha de bautizar con el Espíritu Santo, y se quedará en él'.

Sí, yo lo he visto, y declaro que éste es el Elegido de Dios."

Palabra del Señor / Gloria a ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El Evangelio comienza con la afirmación que Juan hace sobre Jesús, diciendo que Él "**es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo**", con lo que señala, por revelación de Dios, desde el inicio de la "vida pública" del Cristo, el destino que le esperaba.

El cordero ha sido para los israelitas, desde el tiempo de Moisés, el símbolo de la alianza con Dios, debido a lo que leemos en el Libro del Éxodo, 12,1-35: Yahvé instruye a Moisés y Aarón la primera "cena pascual". La sangre del cordero en las columnas y el dintel de las puertas, de las familias judías, será la señal para que el ángel respete a los primogénitos de ese hogar.

Jesús es presentado por Juan a sus seguidores como el nuevo, el verdadero y definitivo "Cordero de Dios" que, con su Sangre, "quitará los pecados del mundo" y así sellará la Nueva y Eterna Alianza.

Con palabras profundas y maravillosas, el papa Emérito, Benedicto XVI nos explicaba al respecto: "*La misión para la que Jesús ha venido entre nosotros llega a su cumplimiento en el Misterio pascual. Desde lo alto de la*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

cruz, donde atrae todo hacia sí, antes de «entregar el espíritu» dice: «Está cumplido» (Jn 19,30). En el misterio de su obediencia hasta la muerte, y una muerte de cruz (Cfr. Filip 2,8), se ha cumplido la nueva y eterna alianza.

La libertad de Dios y la libertad del hombre se han encontrado definitivamente en su carne crucificada, en un pacto indisoluble y válido para siempre. También el pecado del hombre ha sido expiado una vez por todas por el Hijo de Dios (Cfr. Heb 7,27; 1Jn 2,2; 4,10).

Como he tenido ya oportunidad de decir: «En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es el amor en su forma más radical». (Cfr. Carta encíclica Deus caritas est, 25 de diciembre 2005).

En el Misterio pascual se ha realizado verdaderamente nuestra liberación del mal y de la muerte. En la institución de la Eucaristía, Jesús mismo habló de la «nueva y eterna alianza», estipulada en su sangre derramada. Esta meta última de su misión era ya bastante evidente al comienzo de su vida pública. En efecto, cuando a orillas del Jordán Juan Bautista ve venir a Jesús, exclama: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,19). Es significativo que la misma expresión se repita cada vez que celebramos la santa Misa, con la invitación del sacerdote para acercarse a comulgar: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor». Jesús es el verdadero cordero pascual que se ha ofrecido espontáneamente a sí mismo en sacrificio por nosotros, realizando así la nueva y eterna alianza. La Eucaristía contiene en sí esta novedad radical, que se nos propone de nuevo en cada celebración.» (Cfr. Sacramentum Caritatis, N° 9). Habíamos recomendado, en estas catequesis, leer también los números 10 y 11 de ese documento, puesto que allí se expresa muy bien algo que es importantísimo para los miembros del ANE, es decir: que cada comunión que realizamos nos obliga a seguir el camino de Nuestro Señor Jesucristo y hacernos pan para los demás ¿Ya lo leímos...?

Volviendo al Evangelio que acabamos de escuchar, observamos cómo, reforzando la idea central de su testimonio, de que Jesús ES el Mesías esperado por Israel, San Juan Bautista expresa a sus discípulos: **“De él les hablaba yo al decir: ‘Detrás de mí viene un hombre que ya está delante de mí, porque era antes que yo’...”**

Con estas palabras, tal vez un tanto difíciles de entender en una lectura distraída o rápida, Juan manifiesta también, en lenguaje poético, la humanidad y la divinidad de Jesús, pues se refiere a Él llamándole “hombre”, pero al mismo tiempo habla de Su preexistencia, es decir, de que existía antes, con lo que se refiere indirectamente a su divinidad...

Así nos explica una vez más que el Hijo, como Persona de la Santísima Trinidad, antecede a todo lo creado: Viene después, aunque ya existía desde antes. (San Juan Evangelista nos insistirá mucho en este concepto, a través de todos sus escritos, desde los primeros versículos del primer capítulo de su Evangelio).

Más adelante, Juan Bautista ratificará el sentido de la misión “precursora” que Dios le había encomendado, volviendo a decirles a sus discípulos **“Ese es el Cordero de Dios”** (Jn 1,36), con lo cual, dos de ellos, dejándole, se irían detrás de Jesús; y luego (según vemos en Juan 3,25 y siguientes) nuevamente Juan les dirá a sus seguidores: **“Ustedes mismos son testigos de que yo les dije que yo no soy el Mesías, sino el que ha sido enviado delante de él”**.

Al decir **“Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”** Juan Reconoce en Jesús al Cordero enviado por Dios. Nosotros también podríamos y tendríamos que reconocerlo en nuestra vida, en el hermano necesitado, en el Sagrario, en nuestras actividades del trabajo, en nuestros estudios, en todos nuestros próximos... si estuviéramos, como Juan, llenos del Espíritu del bien, en sintonía con Dios...

Y sabiendo que Él es el que quita los pecados, los confesionarios deberían de estar llenos todo el tiempo, pues tendríamos que concurrir con cierta frecuencia a limpiar nuestras almas, para conservar nuestra amistad con Dios.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Una importante alusión bíblica, para la comprensión de esta expresión usada por Juan Bautista, con la cual se refiere a Jesús (además de la que ya citamos, del Libro del Éxodo), es la figura del **“Cordero victorioso”**, que aparece en el libro del Apocalipsis: el Cordero es el Pastor de los pueblos; el Cordero destruye los poderes malvados de la tierra...

En tiempos de Jesús, se creía que al final de la historia, se aparecería literalmente un cordero victorioso o destructor de las potencias del pecado, de las injusticias, del mal... Tal idea es una señal también en la predicación de Juan el Bautista: él avisaba que la justicia de Dios no tardaría en llegar, que **“el hacha ya estaba puesta a la raíz del árbol”** y que Él está a punto de abatir y echar en el fuego todo árbol que no dé buenos frutos.

Juan Bautista saluda a Jesús como el cordero victorioso que debería, por mandato de Dios, **destruir el mal** en el mundo.

Otra importante referencia bíblica, es la del **“Cordero, como Siervo doliente”**. El Catecismo nos enseña que el Bautismo de Jesús en el Jordán prefiguraba su bautismo en su propia Sangre: *“El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores; es ya “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”; anticipa ya el “bautismo” de su muerte sangrienta. Viene ya a “cumplir toda justicia” (Mt 3,15), es decir, se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados. A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a “posarse” sobre Él. De Él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, “se abrieron los cielos” que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu, como preludio de la nueva creación.” (CIC N° 536)*

Hay un aspecto interesante que queremos resaltar: Juan Bautista dice que el Cordero de Dios quita el pecado del mundo. En el libro de Isaías (capítulo 42) se lee que el Siervo “lleva” o (más precisamente) **“se carga”** los pecados de muchos. Jesús, con su muerte, destruye el pecado o **“se lo carga Él mismo”** (San Pablo nos dice que Él **“se hizo pecado por nosotros”**). Por lo tanto, el Cordero, como Siervo sufriente, es decir Cristo, es aquél que se ofrece libremente a Sí mismo para eliminar del mundo el pecado, y llevar hacia Dios a todos sus hermanos, ya purificados, en la carne.

El simbolismo de la Pascua Judía está muy difundido en el Evangelio de Juan, especialmente en relación con la muerte de Jesús. Para las comunidades cristianas, a las que Juan se dirige con su Evangelio, es importante resaltar que el Cordero quita el pecado del mundo con su muerte. De hecho, en Juan se dice que Jesús fue condenado a muerte **“al mediodía de la vigilia de la Pascua”**, o sea, en el momento exacto en el que los sacerdotes comenzaban a sacrificar los corderos pascuales en el Templo, para la fiesta de la Pascua israelita.

Otro nexo del simbolismo pascual con la muerte de Jesús es que, mientras Él estaba en la Cruz, una esponja empapada en vinagre fue levantada hacia su boca con una caña, y este es un símbolo de la caña o hisopo que se mojaba en la sangre del cordero pascual, para rociar los dinteles y las vigas de las puertas de los israelitas, a fin de que el ángel respetase a sus primogénitos al pasar, cuando debía convencer al Faraón de que los dejase irse en libertad.

Además, vemos en Juan el cumplimiento de las Escrituras, porque ningún hueso de Jesús fue quebrado. Todo esto también constituye una clara referencia al texto en el que Dios le dice a Moisés, que **“ningún hueso del cordero pascual debía de ser quebrado”**, al celebrar con una cena la salida de Egipto (Éxodo 12,46).

Y es que, como hemos sugerido citando a Benedicto XVI en **“Sacramentum Caritatis”**, la liberación de Israel y su salida de Egipto, después de 430 años de esclavitud, prefigura simbólicamente la liberación de toda la humanidad del pecado, en el momento en que Jesús viene a hacer todo de nuevo por medio de su Muerte y su Resurrección gloriosa...

Ambos sucesos, a su vez, prefiguran la liberación definitiva de cada cristiano que, conscientemente, decide en



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

algún momento glorioso, en la “Pascua” de su propia vida, aceptar a Jesucristo como su Salvador personal, y vivir conforme a Su Palabra, con el extraordinario y sobrenatural auxilio de los Sacramentos.

En la celebración de la Misa, el sacerdote nos presenta a Jesús en la Hostia consagrada diciendo “*Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...*” Quiera Dios que, como Juan, seamos nosotros los dichosos invitados, capaces de reconocerlo y proclamar con nuestra vida y nuestras obras su presencia viva y real entre los hombres y mujeres de hoy, dejándonos cambiar por la gracia que recibimos al comulgar, cuando lo hacemos debidamente preparados y dispuestos.

El Evangelio de este domingo nos recuerda, de manera indirecta, el Bautismo de Jesús. Hoy no hablamos sobre el hecho bautismal en sí, sino que nos centramos un poquito más en el Testimonio que Juan Bautista da sobre algo que, según sabemos, sucedió mientras Jesús era bautizado.

Él nos dice: “**He visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y quedarse sobre él.**” Finalmente, dirá en forma categórica: “**Sí, yo lo he visto, y declaro que éste es el Elegido de Dios.**”

Todas las lecturas de este domingo apuntan hacia un objetivo central: llamarnos a reflexionar acerca de la misión que Dios encomienda a sus hijos: Llamó a Isaías, y viendo que le era fiel, le confió labores cada vez más importantes... Llamó a Juan, a fin de que fuese delante de Jesús, preparando el camino para su llegada... Llamó a Pablo, a Sóstenes y a toda la comunidad cristiana de Corinto, y nos llama a todos y cada uno de nosotros, a ti y a mí, para que seamos también “*Luz del mundo y sal de la tierra*”; para que sigamos a Jesús y convoquemos a otros hermanos, para que también lo hagan.

Nosotros ya sabemos –con la ventaja que nos da el tiempo transcurrido, y los testimonios de tantos santos que se sucedieron a través de la historia de la Iglesia— que Jesús es verdadero Dios y verdadero Hombre, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...

En su infinita Misericordia, Dios ha querido incluso servirse de los medios de comunicación masiva para que toda la humanidad (aún los dos tercios de no cristianos), viésemos el testimonio de un hombre santo: Juan Pablo II, padre espiritual y fuente de inspiración para nuestro Apostolado, primer Apóstol de la Nueva Evangelización y uno de nuestros principales intercesores, junto a la Santísima Virgen María de Guadalupe...

Ahora nos toca el turno: ¿Renunciaremos al pecado para seguir completamente al Mesías? ¿Aceptaremos de corazón el llamado personal que hoy Dios nos repite, a través de Su Palabra? ¿Le diremos, con el salmista “aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”?

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (*Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos*)

a) Así como San Juan declaró a Jesús como el Elegido de Dios, ¿declaro yo, con mi vida diaria, que conozco a Cristo y soy su discípulo? ¿Procuró dar siempre ese testimonio entre aquellos que me rodean?

b) Para poder hablar de Cristo y reconocerlo como al Hijo de Dios, ¿qué tan seguido leo la Biblia, con el propósito de conocer a fondo al “Cordero de Dios” y lo que de Él se preanunció en el Antiguo Testamento? ¿Comprendo, vivo, practico y enseño lo que leo en las Sagradas Escrituras?

c) Durante la Santa Misa, ¿presto *SIEMPRE* la debida atención a lo que el Señor me quiera enseñar ESE DÍA, a través de las lecturas...? Sinceramente: ¿siento y experimento “la novedad” de la Palabra de Dios para aplicarla en mi vida?

d) Maestros, hay muchos, por eso Juan Pablo II nos decía que lo que la Iglesia necesita no son maestros, sino “testigos”, como lo fue él mismo... Testigo es el que da testimonio. ¿Estamos dando nosotros, como “casita de oración”, como “pequeña comunidad eclesial” el testimonio que la Iglesia necesita que demos, para “contagiar” el amor a Dios y al prójimo entre nuestros hermanos en la Fe?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio se concede la palabra a los integrantes de la Casita para que expresen sus opiniones. Se motivará la participación de todos.*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

438: La consagración mesiánica de Jesús manifiesta su misión divina. “Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de “Cristo” están sobreentendidos tres conceptos: El que ha ungido, El que ha sido ungido y la Unción misma, con la que se le ungió: El que ha ungido, es el Padre, El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido por medio del Espíritu Santo, que es la Unción” (Cfr. San Ireneo de Lyon). Su eterna consagración mesiánica fue revelada en el tiempo de su vida terrena, en el momento de su bautismo, por Juan, cuando “Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder” “para que Él fuese manifestado a Israel” como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como “el santo de Dios”.

790: Los creyentes que responden a la Palabra de Dios y se hacen miembros del Cuerpo de Cristo, quedan estrechamente unidos a Él: “La vida de Cristo se comunica a los creyentes, que se unen a Cristo, muerto y glorificado, por medio de los sacramentos de una manera misteriosa pero real” (Lumen Gentium 7). Esto es particularmente verdad en el caso del Bautismo, por el cual nos unimos a la muerte y a la Resurrección de Cristo, y en el caso de la Eucaristía, por la cual, “compartimos realmente el Cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con Él y entre nosotros”.

791: La unidad del cuerpo no ha abolido la diversidad de los miembros: “En la construcción del Cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros y de funciones. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia”. (LG 7) La unidad del Cuerpo místico produce y estimula entre los fieles la caridad: “Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro es honrado, todos los miembros se alegran con él” (LG 7). En fin, la unidad del Cuerpo místico sale victoriosa de todas las divisiones humanas: “En efecto, todos los bautizados en Cristo se han revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús” (Gal 3,27-28).

793: Él nos une a su Pascua: Todos los miembros tienen que esforzarse en asemejarse a él “hasta que Cristo esté formado en ellos” (Gal 4,19). “Por eso somos integrados en los misterios de su vida..., nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con Él para ser glorificados con Él” (LG 7).

794: Él provee a nuestro crecimiento (Cfr. Col 2,19): Para hacernos crecer hacia Él, nuestra Cabeza (Cfr. Ef 4,11-16), Cristo distribuye en su Cuerpo, la Iglesia, los dones y los servicios mediante los cuales nos ayudamos mutuamente en el camino de la salvación.

795: Cristo y la Iglesia son, por tanto, el “Cristo total” [“Christus totus”]. La Iglesia es una con Cristo. Los santos tienen conciencia muy viva de esta unidad:

“Felicitémonos y demos gracias por lo que hemos llegado a ser, no solamente cristianos sino el propio Cristo. ¿Comprenden, hermanos, la gracia que Dios nos ha hecho al darnos a Cristo como Cabeza? Admírense y regocíjense, hemos sido hechos Cristo. En efecto, ya que Él es la Cabeza y nosotros somos los miembros, el hombre todo entero es Él y nosotros... La plenitud de Cristo es, pues, la Cabeza y los miembros: ¿Qué quiere decir la Cabeza y los miembros? Cristo y la Iglesia” (San Agustín).

“Nuestro Redentor muestra que forma una sola persona con la Iglesia que Él asumió” (San Gregorio Magno).

“La Cabeza y los miembros, como si fueran una sola persona mística”, (Santo Tomás de Aquino).

Una palabra de Santa Juana de Arco a sus jueces resume la fe de los santos doctores y expresa el buen sentido del creyente: “De Jesucristo y de la Iglesia, me parece que es todo uno y que no es necesario hacer una dificultad de ello” (Juana de Arco, en su “proceso”).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-26c Pero Mi Padre, viéndome así humillado, Me alabó en alta voz, de manera que todos los presentes quedaron asombrados. E inclusive el Espíritu Santo, descendiendo en forma de paloma, hizo visible la aceptación divina, simbolizando la paz entre el hombre y Dios. Juan tuvo el testimonio que le había sido prometido y Me reconoció en seguida, aunque también él ignoraba estas cosas. Muchas acciones y cosas Mías eran símbolos, y de ellos Me servía para unir Cielo y tierra.

7.- Virtud del mes: Fortaleza (Catecismo de la Iglesia Católica: 1808-1811-1831-1837)



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Esta Semana veremos el canon 1831, que dice lo siguiente:

1831: Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David. Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles, para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

Tu espíritu bueno me guíe por una tierra llana (Sal 143,10).

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom 8,14.17).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CA-178: Al demonio no le gusta la reparación y el ayuno, la oración, los sacrificios: ¡los detesta! Pero cuando lo hacen, experimentan el efecto salvador de su práctica. Yo les daré a sus almas fortaleza, perseverancia, valor, amor y alegría. Te repito, hay demasiados pecados que no puedo tolerar: la vanidad, la inmoralidad, la lengua...

8.- Propósitos para esta semana: Revisar los de la semana anterior y tomar nota de los que debemos practicar en ésta.

Con el Evangelio: Invocaré al Espíritu Santo antes de levantarme cada día (y de un modo especial cuando vaya a iniciar alguna tarea importante), para que me asista. Buscaré el documento de S. S. el Papa Emérito Benedicto XVI "Sacramentum Caritatis" y leeré con mucha atención los puntos 10 y 11, para comentarlos con los hermanos la semana que viene en el paso o punto 9 de la Catequesis, con "comentarios finales".

Con la Virtud del mes: Me mantendré atenta (o atento), para encontrar las pequeñas o grandes tentaciones con que me acosa el enemigo, y en esos momentos, pediré al Espíritu Santo la necesaria fortaleza, para vencerlo y permanecer en gracia de Dios.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra a los hermanos para referirse brevemente a todos los textos leídos o a cualquier otro tema de interés para la Casita, el Apostolado o la Iglesia, en general.*